

Un hombre en blanco y negro:

Vargas Vila

Escribe: EBEL BOTERO

Vargas Vila era un hombre *elemental*. De ahí que lo hayan excomulgado los críticos académicos, *ateos o no*; y de ahí que sea el más conocido —el único a veces— de los escritores colombianos en el mundo hispánico, y precisamente el más conocido por el *pueblo común*. Digo que era elemental, lo que no excluye que fuera muy inteligente, no poco culto, y de una asombrosa capacidad literaria. Pero como para él no existían sino los colores primarios, o —si se prefiere— los elementos, tuvo que ser un fanático, un desorbitado, un hombre en blanco y negro.

Se le ha querido olvidar, y sin embargo sigue vigente a todo lo largo y ancho de América Hispánica. No importa que ni siquiera su nombre figure en antologías e historias literarias, ni importa que se haya negado que era colombiano. Ahí sigue su reto. Pero no está bien que se le continúe ignorando. Se entiende que los hombres de la política —roja y azul— y los del altar no le levanten la pena de infamia: los atacó él con tanta ferocidad e injusticia que raro sería que lo tuvieran en cuenta. Pero los críticos literarios, al menos los no comprometidos política o religiosamente, deben hacerle justicia: no en vano pasan 32 años de sepultura física.

Para esos críticos independientes, el obstáculo no es ideológico. No les importa a ellos que el dogma haya sido negado o que la historia haya quedado acribillada a veces. Lo que les molesta es la elementalidad del novelista populachero. Uno de los pocos que lo incluyen en una *Historia de la literatura*, E. Anderson Imbert, lo condena por su “mórbido mal gusto” en las novelas. A tal punto ha llegado el desprecio por Vargas Vila, entre los cultos, que aún se tiene por vergonzoso llevar debajo del brazo uno cualquiera de sus libros. La clandestinidad sigue siendo la orden del día, y no solo ante historiadores y moralistas, sino entre lectores despreocupados que buscan puro estilo. Desde hace más de medio siglo, esas dos palabras, *Vargas Vila*, se pronuncian con desdén.

Desdén injustificado a veces. Insisto en que hablo de aquellos lectores cultos que se desentienden de la moral puritana lo mismo que de la más estricta verdad histórica. Pues bien, la mayoría de tales lectores indi-

ferentes no conoce la obra de Vargas Vila. Se ha vuelto un lugar común burlarse del escritor más leído de Colombia. Dicen algunos que no vale la pena leerlo, pero tal vez no saben por qué. Ahora que estamos empeñados en revisiones y rectificaciones, no podemos seguir repitiendo lugares comunes dogmáticos.

Es preciso probar que no vale la pena, y se requiere coraje para comprar y leer sus libros. Un día se dirá la verdad sobre el *mérito literario* del autor. Mérito que necesariamente habrá de considerarse en el marco histórico del modernismo (me refiero a la escuela de Darío y demás). Los historiadores de la política destruirán fácilmente, creo yo, las tesis febricitantes del panfletario que no vio sino tiranos y criminales en todos los gobernantes de su época; los apologistas religiosos desbaratarán sus rabiosas diatribas. Pero el crítico literario profesional tiene la obligación de probar que Vargas Vila era un escritor sin méritos.

Y no será tan fácil. Primero habrá que leer lo más representativo de su copiosa obra. ¿Publicó 50, 70, 90 libros? Nadie parece conocer la cifra exacta, como tampoco se sabe a ciencia cierta su biografía completa. ¿Cómo fue celebrado —si lo fue— su reciente centenario de nacimiento? Y de ese mínimo de 50 libros, ¿conocen sus detractores (hablo siempre de los *indiferentes*) siquiera tres o cuatro ¿No se quedarían los más de ellos, quizás, en *Aura o las violetas*? Fue este su primer libro, escrito a los 20 años de edad, y él mismo, Vargas Vila, reconoció más tarde, sin rodeos que era “de un romanticismo deplorable” y que estaba fuera de su obra literaria.

Este tono de interrogación que yo empleo ahora se explica con esta confesión: no conozco yo tampoco la obra completa de Vargas Vila; a lo sumo he leído, y esto recientemente, una décima parte de aquellos 50 libros (cifra convencional). Me han interesado más las obras que, a falta de otro rótulo, llamaré *ensayos*. Son, en realidad, panfletos, que él, en su egolatría, bautizaba “libros de filosofía”, “obras históricas”, etc. No era filósofo ni mucho menos historiador. Era un periodista oratorio.

Y aquí está la otra causa de su desventura ante los críticos *indiferentes* (los literarios puros). El género oratorio no es tenido en alta estima hoy en día, y el periodismo dejó de ser considerado género literario —se le tiene por un servicio técnico, algo así como la estadística—. Así que nuestro más famoso escritor no llena los requisitos para ser estudiado como filósofo, ni como historiador, ni como crítico de arte, ni como orador propiamente dicho. No obstante, *es un escritor* (así, en presente, porque no ha muerto como tal). Fuera de las novelas, no fue *creador literario* —en el sentido estrecho que se le da ahora al término— a menos que se le otorgue categoría de *creación* al panfleto.

Y se le otorga en Colombia. El panfleto deja de ser comprensible a los pocos años de escrito; es decir, muere como obra. Pero entre nosotros, nación violenta y pugnaz, los panfletarios cosechan más gloria que los novelistas. Tanto los de extrema derecha como los de extrema izquierda (siempre tienen que ser de extrema, para ser panfletarios). El Indio Uribe, Fernando González, B. Arias Trujillo, o bien el obispo Moreno, Alzate Aven-

daño, monseñor Builes. Los unos siguen a Víctor Hugo, los otros a Donoso Cortés o León Bloy. Juan Montalvo o José Martí por un lado, Claudel o Papini por el otro.

Lo que no se les puede negar jamás a los panfletarios (o polemistas, si se prefiere) es estilo. Saben escribir pero les falta equilibrio mental; son unos deschavetados. Tienen un dominio millonario del léxico, hacen ostentación de una fantasía desbordada, de un sentimiento alocado, de un fanatismo frenético. No ven sino lo blanco y lo negro —o lo rojo y lo azul, que para el caso es lo mismo—. La desproporción es todavía más escandalosa si se trata de un polemista de la escuela modernista, con romanticismo despeinado y adoración desaforada del yo.

Es el caso de Vargas Vila (se llamó José María, pero después de sus primeros libros dejó a un lado esos dos comprometedores nombres). Su estilo ha cautivado a 50 millones (o más) de lectores hipersensibles. Y con razón, porque es vigoroso y grandilocuente, lleno de contrastes huguescos y antítesis donoso-cortesianas, bíblico en los paralelismos, experto en el claro-oscuro, y como si todo esto fuera poco, lapidario y rítmico, sonoro y aplastante. Tales dotes estilísticas tienen que seducir a los lectores apasionados e irreflexivos, o sea a esa innumerable turba de semicultos, incapaces del análisis y de la sutileza.

Pero lo que olvidan los críticos de Vargas Vila es que ese estilo era el de la época. Si no tolera el lector de hoy las novelas típicas del modernismo rubeniano, mal puede —el culto— deleitarse con esos salmos ateos de, por ejemplo, *Los césares de la decadencia*, escritos en una prosa martillada que nuestro Demóstenes aprendió en Donoso Cortés, y antes en el peor Víctor Hugo (no aludo al poeta inmortal sino al polemista). Y sin embargo —he aquí la injusticia— esos novelistas (v. gr. Díaz Rodríguez, Rivas Groot, etc.) sí ocupan un lugar en las historias y en las antologías. Vargas Vila no. Está desterrado aún.

¿Por qué? No ciertamente por el estilo pasado de moda. Más pasado está el de Juan de Castellanos, y ahí sigue el cura tunjano llenando mamotretos. Ni por sus colosales errores históricos: si la historia se tiene por arte, la verdad no interesa tanto (como no interesa que sean ficciones las de Cidi Hamete Benengeli, el *historiador* de don Alonso Quijada). Vargas Vila sigue desterrado de las aulas y las academias por el temor de los críticos *indiferentes*, ante las víctimas del panfletario irresponsable, o simplemente por la ley de la inercia, que les impide leer sus *ensayos* después de condenar, tal vez con harta razón, sus novelas.

Un hombre en blanco y negro, un apasionado incapaz de sutilezas y distinciones analíticas, no podía escribir buenas novelas, vale decir, novelas psicológicas (en mayor o menor grado). Pero tampoco el pueblo inculto ni el semiculto es capaz de distinciones, y por eso ante tal clase de lectores no está, ni estuvo, ni estará, desterrado Vargas Vila. Y este solo hecho le da importancia histórica como escritor. También los romances antiguos y los libros de caballería apelaban al sentimiento y al raciocinio más elementales, y sin embargo, los estudiosos tienen ya casi agotada la materia en largos tratados técnicos.

Pero si todo lo anterior no fuera suficiente mérito en un escritor, todavía Vargas Vila ostenta un título indiscutible para figurar con orgullo en los manuales pedagógicos: su patriotismo. Pocos como él protestaron por la desmembración de Colombia. Ahí está, por ejemplo, *Laureles rojos*, uno de los libros más ardientemente patrióticos que se hayan escrito en América. Lleno quizás de injusticias y hasta de calumnias, pero inspirado en el amor a la tierra y a la raza. Tal vez no sea lectura recomendable para los jóvenes sin suficiente información histórica, pero toda persona de criterio formado podría aprender, en esas páginas escritas con locura, a amar su terruño con ardor y a defenderlo de toda suerte de invasores.

Yo no dudo de la sinceridad de este sublime desquiciado, y renuncio gustosamente a la puntuación y ortografía tradicionales (violadas por el valiente polemista) a cambio de la emoción que sus palabras de fuego (hinchadas, sí, pero sentidas) despiertan en todo amante de la libertad y de la justicia. Que la infamia —en el sentido estricto de la palabra— le sea levantada en esta era de rectificaciones al atormentado trashumante que ha hecho más por Colombia que mil embajadores equilibrados pero insignificantes en la historia del mundo.

Levantarle la infamia no significa ponerlo en el elenco de los mejores escritores del universo, como quisiera un amigo mío, vargasvilista desaforado; significa solamente estudiarlo, nombrarlo, refutarlo, juzgarlo, tenerlo en cuenta, para bien o para mal, pero no ignorarlo más. Quienes lo ignoran a sabiendas, incurrir en el mismo pecado que le reprochan: el extremismo de los fanáticos, de los hombres en blanco y negro.